



Tumba

Reflexiones desde la tarima

Thelma Itzel Ramírez Cuervo



Reflexiones desde la tarima

Petenera

*Reunir Reunir
todas las palabras*

Thelma Itzel Ramírez Cuervo



Primera edición: 2022

DR © Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

4 sur 104, Col. Centro Histórico, Puebla, Pue. CP

72000 Teléfono: 01 (222) 229 55 00 www.buap.mx

Dirección General de Publicaciones

2 Norte 1404, Col. Centro Histórico, Puebla, Pue. CP 72000

Teléfonos: 01 (222) 246 85 59 y 01 (222) 229 55 00 extensión 5768

publicaciones.buap.mx

ISBN: 978-607-525-789-1

Rectora: Ma. Lilia Cedillo Ramírez • Secretario General: José Manuel Alonso Orozco • Vicerrector de Extensión y Difusión de la Cultura: José Carlos Bernal Suárez • Director General de Publicaciones: Antonio Lucio Venegas.

Ilustraciones:

Natalia Urbina Dumit

Mitzi Mariel Hernández Díaz

Maria Fernanda Illescas

Mariñelarena Lorena Uribe Joffre

María Elena Méndez Guzmán Ilustraciones y portada

“Los autores son responsables de la selección y presentación de los puntos de vista que figuran en el presente libro y de las opiniones que en él se expresan, que no coinciden necesariamente con las de la UNESCO y no comprometen a la Organización.”

Índice

Prólogo a La Petenera

5

La Petenera

9

*Prólogo a Reunir
todas las palabras*

24

Óvulo

27



prólogo a la petenera

Mtra. Nidia Guiochin Sotomayor
Dr. Jaime Torija Aguilar

Petenera, canto flamenco desgarrado, doloroso y teatral, es el título que elige la autora para sumergirnos en un caleidoscopio que el lector va acomodando a través de los diferentes movimientos que conforman la vida.

El tema principal sería la madre; pero se trata de la madre en tanto origen, la madre en tanto Mujer-Uno. La Mujer-Madre es quien hil-vana y confecciona la vida del otro porque renuncia a la propia. Sí, es dolor ancestral que cala por la condición de ser mujer: la Yokasta, la Storni, la Ajmátova.

La madre que cantan los textos reúne voces y silencios; es la dolorosa que presencia la muerte de un hijo y la posible perdición del otro; es ella la que se sugiere cómplice del hombre (¿bienamado? No. Asumido).

La maternidad y la mujer se enlazan con otro tema que cala y pone de manifiesto la necesidad de mostrar la injusticia: el abuso, tanto sexual como emocional. Los actos transgresores del hombre se perfilan en el violador: el patrón que toma por sorpresa a la joven que trabaja en casa; el padre que transgrede el orden sagrado de la familia y quiere poseer a la hija. El lector presencia la violación sexual a través de una descripción que, de tan fría, asusta y conmueve. El miedo ronda en la generación que sigue: las nietas. Pero el hombre ya es viejo y está cansado; ya es anciano y se encuentra enfermo... No hay olvido. La palabra ahuyenta fantasmas: *padre violador* cuya muerte será des-

canso de quien ha velado su sueño; será la dicha de ella, la compañera que durante años ha entonado cantos apenas perceptibles.

La historia de los ultrajes al interior de la familia es, con frecuencia y hasta el cansancio, muda; desde tiempos remotos se niega por-que no forma parte de las buenas costumbres, y son éstas las que se deben guardar; de ahí la correcta sumisión del hijo o la hija que debe de callar la perversidad del padre y justificar el silencio cómplice de la madre.

El poder emana de la jerarquía paterna, a quien pareciera que la vejez le da el derecho al perdón y al olvido de esa conducta irracional e irreconocible que somete y deja un daño permanente e incurable. La indiferencia al dolor no doblega a nadie para acercarse al perdón o a la vergüenza.

Los textos que se reúnen a manera de fragmentos explican la vida. Es necesario volver a la infancia para sentarse y observar a la madre: ella toma los jirones con el fin de confeccionar los estudios y las profesiones de los hijos; es imperioso tornar a la adolescencia, a las edades siguientes, para mirarla, explicarla; porque a través de ella, la comprensión de la propia existencia tendrá sentido.

El dolor es algo inevitable en la vida; es en las tragedias griegas en donde se escenifica y en donde se comprime. Los dioses padecieron penas, pesares, que se quedaron finalmente en los mortales; no supimos reconocer la verdadera desgracia de la que nos advertían; los seres humanos nos quedamos solos e incomprensidos. ¿Son de estas perversidades que nos previnieron o que nos auguraron los griegos al escenificarnos las relaciones incestuosas? Edipo, Yocasta, Electra o Antígona son los personajes que nos fueron revelando las ilimitadas conductas irracionales que se extienden entre las familias y que se fueron haciendo costumbre. Las vejaciones se dan en el silencio de las cuatro paredes que la vida familiar nos exige: no ver, no oír, no hablar. Impera la ley de la prudencia y la buena imagen.

Al quedar solos, incomprensidos y rechazados por los dioses, los humanos no entendimos que el mensaje era la advertencia de que padeceríamos una destrucción emocional, muchísimo más difícil de reparar que otros actos físicos violentos. Si dichas tragedias eran padecimientos de las deidades, se pretendía darles solución desde la vergüenza y el arrepentimiento; pero para los mortales dichas salidas quedaron olvidadas.

La voz narrativa y lírica conviven en una configuración de historias que ponen de relieve la escritura valiente de quien ha decidido emprender un viaje retrospectivo para encontrar(se) y conocer el origen. La travesía es grito que nombra y describe los eventos significativos (terribles también) de la vida: la cotidianidad, los abyectos pecados, la muerte, la vejez y la soledad. La travesía dará lugar a una comprensión mayor: el origen somos todas las voces, somos la mujer, el Uno.

El lector se sumergirá en una escritura que toca el alma, que inflige dolor porque es también letra-espejo de las vidas que se desarrollaron en órdenes alterados. Es verdad que para darle consistencia a la vida es necesario mostrar lo que nadie querría ver: la confrontación, las vejaciones, la resignación, los cantos silenciados. Volver a la raíz y retornar para estar en el ahora desde otro lugar, significa darle presencia al grito; es encontrarse en la historia de la familia, en la historia de la humanidad, en el universo. La palabra da lugar a la existencia ya que, al ser expresada, nos invita a un espacio donde tocamos la parte más íntima del ser, sin reproches y sin reclamos. Acudir a la cita con el origen es encontrar nuestro lugar. Solo a partir del conocimiento ancestral se accede al propio. Y el orden se restaura.



la petenera

ti

Poema sin héroe o escena sin representación. Es un espacio que se construye sobre un cuerpo anfibio, una especie de demiurgo que se arrastra conservando aún su origen acuoso, y en su ánimo salitre se observa la esencia de una caracola, flores de mar, cintura de sirena que lo resume todo: lo que sería en la tierra, lo que dejó encallado.

Sujeto a un espigón, una sandalia (recuerdo de poeta), que se enreda entre cabellos largos. Hay una maquinaria que recuerda a la costura, tejedor o zurcidor o costurera de vidas y palabras. Algo de Sefardí: un cuervo, el mar una embarcación o una rosa de los vientos, lamento de cuerdas; tal vez unas palabras a ritmo de quien chasquea o da pasos sobre una caña hueca que suena a roca, espuma, llanto, risa, euforia, amor y resistencia.

A

Uno se arranca palabras y poemas para generar una distancia, que te vean... Mientras eres madre, el desgarramiento de eso que se atrevería a ser un arte -si alguien no hubiera nunca pensado que es lo común, que las mujeres paren y que arrancar un hijo no es una interrogación.

Dicen que las sirenas tienen a sus hijos por la boca, aunque no se pronuncian, ni se escriben.

Las mujeres en cambio, los echamos por la pelvis, para que caigan a la tierra y ahí se siembren. Tampoco se pronuncian, ni se escriben, ni hacen un sentido cuando nacen. Sólo abren un hueco que es sono-ro porque es una Verdad.

Yo no sé por qué tenemos hijos. Son una condenación que te autointingles. Para qué llevar un eslabón que te ata siempre a los tobillos

y no salir volando y no aventarse a un río y no correr al paredón para esquivar las balas y no morder... Al mismo tiempo, dejar que la mansedumbre asiente tu locura y abrir senderos por una hoja en blanco, convertirte en farol que guía; andar con una llama de hielo, matar si es necesario.... Toda tu creación, todo tu arte, para mostrar la vida.

Justo ahí, justo en eso, es imposible subsistir de hembra. El horror transforma a la maternidad en una traición constante y ya no eres hombre ni mujer, solo constancia.

Una mujer fue la causa
De mi perdición primera:
No hay perdición en el mundo
 ¡niña de mi corazón!
No hay perdición en el mundo
 Que por mujeres no venga
(Dolores la Petenera Siglo XIX)



I

Cuando me dijeron que mi padre era, o sigue siendo un violador... porque hay condiciones que se impregnan; los alcohólicos por ejemplo, ellos no se curan, solo se conservan sobrios lo más que pue-den...

Cuando me lo dijeron, no reaccioné. Hice un collage en la memoria; sábana de retazos con oraciones que decían: “se metió en el cuarto”, “fue con la muchacha”, “el tipo ese, era joto”, “yo no quería”... montones de frases y de tabús que colorean de púrpura.

Ser violador no dice nada. Cerca de 90 años mi padre solo tiene noción de su inocencia, no hay castigo para quien se esconde en la inercia de la jubilación y la familia, en la decadencia de la enfermedad que poco a poco -naturalmente- dicen, te irá matando.

El verdugo no siente cuando se trata de cortar una cabeza. Como en todo arte, la emoción se teje en el proceso. Mi padre ha olvidado la emoción de lo furtivo: meterse a un cuarto, sorprender a la muchacha y forcejear. Realizar el acto simplemente. Decir por trámite “no andes diciendo, si mi esposa se entera, te corren” y marcharse.

“A ti no te hice nada” -dijo... Pensé: menudo consuelo.

A mi madre la carne no le duele, le duele la cultura pues total, todas las mujeres son violadas u obligadas, que para el caso es lo mismo si te lo da tu hombre o alguien de la familia. Bien se puede recibir el envión de un animal, adaptarse al veneno y criar sus hijos enmudeciendo tu verdad hasta en los ojos, encerrarse a sí misma en un secreto, olvidar la carne y dejar un átomo de vejación y desconfianza... suficiente para sentir vergüenza y culpa, porque mientras te culean

(cuando no hay violencia) no cierras los ojos. Al contrario. Te pones blanda, extiendes la mirada como un niño perdido y a tientas, por el bosque te preguntas: ¿alguien vive?... Cuando te agreden en cambio, es sonoro, estrellas, huesos, cascarones, ruidos de luz arrancada a puños como quien despeja las malas raíces de los pastos.

A mi madre le duele la cultura, no es el sexo, sino la justicia que ya no es posible realizar desde una cama. Mientras él agoniza, saliéndose nuevamente con la suya, acompañado hasta la muerte, rodeado, que-rido, ficción de político con rockstar, poderoso aún y ella (estoica), se debate entre el sentimiento de culpa y la felicidad por el simple hecho de sentir que pronto, ya muy pronto, podría ser libre.

Y es tan jodido ser libre ahora cuando ya está vieja, cuando tal vez sólo pueda realizar un sueño... A mi madre le gusta cantar.

Vemos aquí las alas de Ícaro en el cuerpo de mi madre. Pero no hay un aire que sustente el vuelo. Todo lo que hay son cantos sobre los que mi madre desgarrá, algún falsete. Huyendo de aquí está el mundo, a vuelta de rueca, de gancho amarrado a un hilo, de destino que no es esclavo del hombre, del campo o de la máquina, que no convierte a los secretos en prisión y que no debe demostrar al mundo.

Mi madre canta y escapa, se hace transparente, es liviana, flota.

Por celos la petenera a su marido dejó
 Por celos la petenera a su marido dejó
 Por celos perdió la tierra Ay soledad, soledad.
 Por celos perdió la tierra y por celos se murió.
 Ay solita soledad, soledad que yo quisiera
 Que viviera la difunta Ay soledad, soledad
 Que viviera la difunta y que yo la conociera
 Porque es una cosa injusta que por celosa
 muriera (Petenera, Son Jarocho, canto Popular)



TRAZO ESCÉNICO

Entre los espacios sagrados de mi recorrido, debo colocar mi infancia. Mi infancia es un cuadrado. Más bien un cubo que por razones estéticas voy a colocar aquí... Pero me doy cuenta que no puede estar en el vacío, que pertenece a un orden de cosas que se han dado; un mundo... en este caso además, es un theatrón para ser visto y mirar a su vez en perspectiva.

Me pongo aquí. Hago una pausa. Te veo, nos vemos uno al otro.

Pero es necesario que esta infancia encaje, no sólo en este cubo que se sale de centro, se desborda porque suena una canción y va a bailar y canta...

Para fines "históricos" te daré una pista: el cubo está acá, sobre una tarima que es a su vez un barco, es una casa, una constelación... en cada trazo hay un ancestro y luego, descendientes que brotan como peces en líneas de fuga hasta el espacio oscuro donde te encuentras ahora, ahí, mirando.

Antes de esta infancia está la madre. LA MADRE ES el espacio. Desde su máquina de coser que crea con trapos el universo todo y nos amarra a ella.

El padre bien puede ser una tijera. Pero no pasa nada. No te corta. Clava con la punta y duele. Es importante, hay una adoración especial, una alabanza por la que su ausencia no es deseable.

Su nicho debe estar iluminado.

Hay que exhibir su uso que da forma. Porque, aunque él no corta, pero clava, la utilidad del padre nunca estuvo en duda.

B

Hubo un tiempo en que mi entelequia se podía describir por una planta: flor de caña, raíz de mango y limonero, especia aromática y jugosa sumándose a la tierra de la que sí, quise extirparme. Irme, en este largo camino que caminamos juntas mis poetisas y yo... de entrada, no nos preguntamos ¿qué es ser distintas?, pero el camino a casa bordeaba la ladera de los ríos, los arroyos o el mar, nos llevaron a la escuela, nos enseñaron la lengua de los hombres, el lenguaje del campo y colmaron el horizonte de libros, nos enseñaron imágenes de otros países, pensamos que íbamos a encontrar -en otro sitio- el lugar de donde no te arrancan. Mis padres llegaron a esta tierra, igual que mis abuelos, igual que mis bisabuelos, igual que aquellos que bajan

de los barcos, igual que Alfonsina viviendo en el extranjero, igual que Ajmátova... viajando, exiliadas.

Nos impregnaron el mineral de los océanos, las rosas, el carmesí más profundo de todos los Zares y el ácido de las frutas. Nunca nos preguntamos, ¿es ser mujer esta dulzura?, ¿este salado aroma?, ¿esta voz subterránea con la que lloramos cuando los hombres se nos marchaban a la guerra, a la escuela o al campo?, que más da toda la incertidumbre, lo único que anhelábamos era una justicia. Para algunas la justicia chata: que al hombre le gusta la sopa que le das; para otras, que el hijo que crías se vea sano y fuerte, que haya quien te reconozca eso, que te paguen los servicios con fidelidad, que puedas sentirte libre de tomar partido, que alguien considere tu opinión, que se reparta el dinero y la comida, que no te quiten lo que no posees, que no seas menos ni más pero que, indispensable no te ignoren.

No es esto una búsqueda femenina, no lo es, porque a todos nos discriminaron de algún modo y nos expulsaron de ese paraíso que ya no deseamos.

Mi madre vio morir a mi hermano mayor, mi padre le dio respiración de boca a boca y un masaje que no sirvió de nada porque se le había asfixiado y sus labios suaves aún pero ya azules, exhalaban un fluido blanco... el mismo que le cerrara los pulmones. La piel se mue-re. Cuando mi hermano menor parecía convertirse en delincuente, vi marchitar los ojos de mi madre, la decepción más grande. Infiltrada de veneno. La justicia, la justicia es lo que clamaba, la justicia y el tiempo. Maldita enfermedad de fin de siglo. Maldita creencia de un progreso que no existe.

La pena y la que no es pena
 todo es pena para mí:
 ayer penaba por verte,
 ¡soleá, y más soleá!,
 ayer penaba por verte
 y hoy peno porque te vi

(Versos de Carmen París. Usados en la lloroncita)



II

El orgullo de mi madre es, haber aprendido de costura por correo en una época de austeridad, en un lugar donde el correo llegaba al mes y ella se las ingeniaba para mandar los patrones y tareas de costura que, aún recuerdo, eran cuadros de tela con diferentes tipos de zurcido. El orgullo de mi madre es que esa costura, nos sacó adelante, nos dio de comer y una carrera; porque ser maestra no era suficiente. Mi madre, al igual que Alfonsina Storni, se hizo maestra, al igual que Anna Ajmátova, vio padecer a un hijo, al igual que ellas tuvo que aprender un lenguaje nuevo y -en la “pequeñez” de su mundo- tuvo que exiliarse, hacerse en otras tierras, aprender a leer, a escribir y a

educar a otros, en un tiempo donde a pocas mujeres les era permitido.

De ahí que todo lo vivido se pierde en los extremos. Nunca es suficiente, pero al mismo tiempo, todo parecería un logro.

No debería hacerlo. Comparar la vida de una mujer con otra es infructuoso. A la larga todas padecemos de una misma carga. La am-bivalencia, mítica entre madre o puta.

No la prostituta, no es el sexo; es el resumen de la perdición: La bruja, la Gorgona, la sirena; la que teje el destino y se convierte en monstruo. La que atiende al minotauro y lo libera de su maldición con muerte. Hermanita que alimenta a un cerdo al que comerá tarde o temprano.

Aún más; la que engendra su fin en otros seres y concentra en ello la posibilidad de ver, al mismo tiempo, su propia muerte y su propio origen.

Un día, acaso,
me estrangularán.
Sé los comienzos y también los finales.
y la vida-en-la-muerte y alguna otra cosa
que mejor será no recordar ahora.
Cierta mujer
ha usurpado mi sitio
y usa mi verdadero nombre, dejándome sólo un
apodo con el que he procedido lo mejor que he
podido.
La tumba a la que vaya no será la mía.
Pero si pudiera salir de mí misma, y
contemplar a la persona que soy,
sabría, por fin, qué es la envidia.
(Leningrado, 1944) Ajmátova.



EDIPO TALES

No era yo. No era un Edipo lo que exiliaron del país; era un amor. La última vez ya la encontré colgada.

La gente tiene la idea de eso que te cuentan, que es verdad, que los que se ahorcan están morados y se les abotaga el rostro pero Yo-casta... era dulce. Su cabello me traicionaba un poco. Sólo lo soltaba cuando hacíamos el amor y ese día, le colgaban gajos de pelo hasta la cintura. Como un descuido, a propósito, como un reproche; tuve que ser yo primero quien se ahorcara...

Me había perdido, antes de quedarme ciego, antes de salir al campo, a tientas, antes de que le pusieran un castigo a mi amor propio que tuve el error de ventilar...

No me saqué los ojos por vergüenza, sino para conservar su imagen. Era todo.

Las palmas de mis manos aún tienen el tacto de su mentón de niña... ahora todo es comprensible; no podría amarla de otra for-

ma... estaba con mi madre y ella me había hecho para sí. Nunca fui un Edipo, su representación más pura en este cuerpo de hombre con el que se amó.

Si lo entendieran. El círculo perfecto en el que cerraba una leyenda... porque tenemos hijos para perpetuarnos la historia se repite. Al centro, el coro marcha sobre su propio eje, la tierra es redonda y el mundo es un pensamiento de separación donde, si todo fuera real, no habría salido nunca de mi madre.

La continuaría amando, sin conciencia.



C

Supusimos que tu fantasma se aparecería en el costurero, o bien, a través de un sonido; la máquina de coser aún en funcionamiento a altas horas de la noche. No querías marcharte. El eco de tus costuras impregnado en cada muro, hasta que tal vez con el tiempo- derrum-báramos esas paredes, la casa de la familia, “la casa”, el hogar que ya no existe. Papá se iría a vivir con una de sus nietas seguro y tu espíritu de combate seguiría rondando porque ese; el violador, sí mi padre, tal vez nos sobreviva a todos.

Esto es así, trabajaste durante años para legarnos bienes que per-tenecerán a alguien, no a nosotros, tal vez ni a nuestros hijos; tal vez tarde o temprano haya muchas familias viviendo en ese mismo lugar donde llegamos a tener la huerta: conejos, gallinas, un par de bece-rrros y hasta ranas. Ocho para ser exactos, que mi hermana fue diez-mando para sus experimentos en el laboratorio.

Esto es así. Aún después de 50 o 60 años las cosas cambian y nada permanece. Derrumbamos escaleras y es más fácil destruir los muros que la tonta serie de creencias con las que, un día, fuimos conscientes de que la muerte nos rondaba. “Hay que hacerlo pronto”, cambiar de ideas para evolucionar, que al menos las muerte nos halle un poco distintos, que no padezcan aquellos a los que dejamos, que su mundo sea mejor, más benevolente... eso creímos. Al final. Un poco de nada.

Tampoco fue muy obvio cuando empecé a convertirme en una especie de acuario; transparencia que distingue entre las capas del susttrato, pequeñas raíces y un cuerpo de agua. Formadas, pero sin jerarquía, cada especie de tierra. Cada mujer que es nuestra. La bisabuela, la abuela, y tú mamá y yo y mis hijas rompiendo el molde. Dicen que Alfonsina se hizo actriz, uno de sus primeros trabajos para el que no sólo se debía tener un poco de cultura, saber leer y es que la farándula tiene muchos rostros: la desertora, la espía, la costurera, la actriz o la doctora... también el de poeta. Invariablemente todas aprendimos... y mis primeros versitos de memoria: “hay una escuela en el fondo del mar y los pescaditos bajan a estudiar”... Lanzarme así mamita, de amazona, de armadura empotrada en la sirena, de caballo a galope o de barquito pirata y para dejarme, a final de cuentas, con la historia de un fantasma; nada convencional por cierto, que estás hecha de trapo y de retacería y cuando te hablo me asfixias siempre, un poco.

Algún día sucedió. Me acostumbré a hablar con la garganta llena,

tupida de algodón saqué falsetes. Hay que aprender de los huapangos; llorar y llorar quedito, bailando, cantando, mientras guisas... Te amé tanto madre. También por eso dejé que te murieras en tu propia ley, mientras escribía desde lejos, fuera de la ciudad sitiada... "los barcos están varados porque no les sopla el viento"- dice la canción.

La petenera señores nadie la sabe cantar, La
petenera señores nadie la sabe cantar, Sólo
los marineritos, ay soledad, soledad, Solo
los marineritos que la cantan por la mar. (La
petenera, Son Jarocho, canto popular)

Fin del viaje

La matrushka ha llegado a su infinitesimal,
a este reducto en el que se hace imposible caminar porque no
cabe un paso.

Cierro la ventana.
Afuera los gatos claman por entrar,
afuera las plantas golpean la celosía,
chirrían sus espinas contra el vidrio y el viento
caótico trae un tufillo con olor a sexo.

Mañana está hecho,
y es imposible que una tarima
dentro de una tarima dentro
de una tarima hagan un mundo.
Igual que una mujer dentro
de una mujer que es la mujer
y que éramos yo, tú, todas nosotras
puedan construir la gracia.

Lo femenino no le pertenece a nadie

Ya no menstrúo,
no puedo rayar con rojo las paredes.
Antes de ahorcarme, sabe Dios que no nací
mujer, pero pasé por una.

Y tan vehemente...que me puse en el lugar de todas ellas,
Cría hijas
Cría palabras
amor y fidelidad a esa, (MADRE) por la que Yo existía.

Mañana está hecho, y sucede que hoy una mujer se finge.
No hay nada que esconder.

En la explanada,
a petición de todos puse una Antígona, Una
Alfonsina, Una Ana y a un Creonte.
También puse a Camila, a Yadira a Antonia,
lo puse al Freddy y flechas que retornan

Recojo el tablero

Juego, al que por sus pasos,
Ha probado que es un
Yo mismo.

Prólogo a Reunir todas las palabras

Mtra. Nidia Guiochin Sotomayor

Dr. Jaime Torija Aguilar

Los textos que conforman “Reunir todas las palabras” exteriorizan las tribulaciones que experimenta el ser humano; son éstas las que ahogan y no permiten encontrar la salvación. Se tiene como punto de partida las reflexiones en torno a la relación creación-artista-obra, siendo esta última la que ostenta la cualidad de la trascendencia. Así, es el resultado final del proceso creativo lo que mitiga la angustia primigenia del hombre: la muerte, y su enigma inherente: no saber hacia dónde se encaminan los pasos que afirman un estar en el mundo; en otras palabras, la obra queda como una lucha contra la finitud. Entonces surge la pregunta: ¿qué hacer para alcanzar la salvación?, es decir, ¿qué se requiere para salvarse de la angustia y dar respuesta al sentido de la vida, a la existencia divina? Los cuestionamientos implican situarse en el punto de partida, en *el óvulo*.

Al hablar de la creación es posible recordar la teoría hilemórfica de Aristóteles, donde coexisten la materia y la forma, dando lugar al acto y la potencia, que es de donde emana el proceso creativo (el movimiento) para llegar a la obra artística. Sin embargo, la autora va más allá y se pregunta qué trascendencia alcanza la obra, pues ésta, a diferencia del creador, perdura, se mueve; rebasa el tiempo y el espacio que son finitos para el hombre.

¿Cómo salvarse de la angustia? He aquí que surge el entramado donde vida y arte se funden a través de la prosa y la poesía para elaborar un canto completo. Pero para llegar a este punto es necesario padecer un proceso un tanto doloroso y, en cierta medida, desolador, que se traduce como momentos de resistencia.

El camino ha iniciado, las voces lírica y narrativa realizan una serie de reclamos que tiene que ver con las autoexigencias internas, las cuales se fueron forjando a través de un tiempo indefinido y que, a final de cuentas, no tiene sentido medir.

La pérdida de la inocencia lleva consigo el extravío de la libertad. No hay lugar para la compasión. El permiso para volver al estado primigenio ha sido denegado; sin embargo, la voluntad se impone, sí, pese a la resistencia. Es importante retornar y ver que en la relación obra-artista conviven los elementos complementarios, interdependientes, porque coexisten. La presencia se duele y reclama su origen divino por no saber cuál es el lugar que se ocupa en el mundo.

Volver a casa implica encontrar un fragmento de respuesta en los vínculos; esos que atormentan o salvan la vida: los lazos consanguíneos. Se entretienen las relaciones con esos seres que dejan la huella de una personalidad forjada; con ellos se forma una de las tantas maneras del estar en el mundo: ser madre, padre, hermano, hijo. La familia es, por tanto, una estructura humana que gravita entre la fortaleza y la debilidad. Cada uno de estos personajes son determinantes en las decisiones, ya sea para precipitarse al vacío o para encontrar el sentido y la salvación hacia la vida.

Los roles dan la idea de circularidad porque las historias a veces, ¡qué pena!, se repiten. Aquí se pone de relieve una resistencia más: es urgente huir para no perecerse a las figuras que del amor pasan al repudio, y viceversa. Huir sin rumbo, sólo irse, diferenciarse.

El amor, el que resulta necesario para lograr la completud, pertenece al ámbito de la imposibilidad. La pareja no se conduce al escuchar el quebranto del alma, porque es terrenal, y aún no es tiempo de vivir lo divino. El camino se impregna de pesimismo y desconsuelo. Es imperioso continuar. Aún no hay respuesta.

En la presente obra podrían montarse los de sin voz, los tímidos, los temerosos, porque es, finalmente, un discurso con una gran fuerza que rompe con lo aparentemente estable, raramente armonioso. Esto es un discurso sorpresivo, poco habitual, que devela las concien-

cias que pregonan la aparente felicidad familiar. Los textos de “Reunir todas las palabras” dan voz a muchas personas que seguramente se sentirán partícipes de las palabras que Thelma se atreve a expresar. ¿Cuántas almas podrían ser libres y salvadas por gritar lo que resulta innombrable? Es necesario tomar su voz para hablar de lo que se encuentra encerrado en las emociones destructivas; es tiempo de decir para dejar de transitar en la conciencia más oculta de la culpa.

Acceder al conocimiento implica padecer la ruptura del orden; sin embargo, luego de la entropía se construye un nuevo equilibrio que, ahora se sabe, puede volver a romperse. Es el vaivén de la vida: quebranto del alma y reconciliación. Movimiento perpetuo.

Reunir las palabras es acomodar las piezas de la vida: disolución y edificación desde otro lugar espiritual; es reconciliarse con el caos (conocer el origen) para acariciarlo y volver a ser.

Entre el origen y el final, entre el artista y la obra, entre el surgimiento de la vida y el momento de la muerte, resulta imperioso el encuentro con la Totalidad; pero la epifanía es una experiencia individual que no se da a partir de la búsqueda, ya que Dios muy probablemente se encuentra justo frente a nosotros; es, por tanto, un descubrimiento.

La integración de las partes que conforman la vida -la obra- implica movimientos (cuestionamientos) a partir de la condición humana. El conocimiento -integración- se ha adquirido a través de la observación de las edades, la transmutación de roles, la muerte. Volver a casa desde un lugar más profundo y reconciliado con la espiritualidad nos permitirá abrir los brazos para escuchar el eco de la voz interna: *Bien-venido a tu hogar; la lucha ha concluido.*

Thelma tuvo la fortuna de ser alcanzada por el arte para brindar su autenticidad y, al mismo tiempo, para encontrar la verdad de su existencia. Como artista es la intermediaria, parafraseando a Heidegger, entre los dioses y el pueblo. Desde luego, lograr transmitir su esencia a través de la palabra requiere de (re)conocer los sentimientos humanos y darles, con la inspiración del poeta, una pequeña esperanza de plenitud al otro, su lector.

Óvulo

Durante semanas traté, sin mucho éxito, de abordar la idea de que “Quien actúa y produce también debe salvar y redimir su creación. No basta con hacer, es necesario saber salvar lo que se hace”.

La idea propuesta por Agamben no es tan sencilla; sobre todo porque no queda muy claro a lo que se refiere salvación. En todo caso, dicha palabra conduce a un imaginario religioso donde se mezclan la posibilidad de la no muerte, la liberación de ataduras corporales, la liberación del pecado y, a final de cuentas la posibilidad de una vida eterna guiada a través del alma y su reconciliación o unidad con lo eterno. Es decir, con Dios.

Si antes de echarla al mundo, la obra, cuenta ya con esa garantía; esto quiere decir que la redención antecede y que, en efecto, hay una prefiguración de su destino. Al modo que, como Deluze explica:

Hay un primer elemento figurativo, pre-pictórico: está en el cuadro, en la cabeza del pintor, en lo que el pintor quiere hacer, antes de que el pintor empiece, (...) Y este primer elemento figurativo no se puede eliminar completamente, siempre se conserva algo de él. Pero hay un segundo elemento figurativo: aquel que el pintor obtiene, esta vez como resultado de la Figura, como efecto del acto pictórico [...] Y estas dos figuraciones, la figuración a pesar de todo conservada y la figuración encontrada, la falsa fiel y la verdadera, no son del todo de la misma naturaleza. Entre las dos se ha producido un salto sin moverse del sitio, una deformación sin moverse del sitio, de la Figura, el acto pictórico (FBLs, 98-9).

El acto de creación se produce sin moverse del sitio, pero a la vez, pudiera decirse que sin agitar el tiempo; puesto que, lo que se pone en juego es una proyección, una voluntad y una potencia, mientras el Ser

mismo permanece impertérrito en la certeza de su contemplación.

Este pinball lanzado a un tablero, este boomerang lanzado a la presa, ese hombre lanzado a la tierra, ese actor lanzado a un escenario, ese artista colocado ahí, antes y luego de la exposición; fueron concebidos en tal modo que, su interactuar describe la forma de una elipsis que recorre el camino para una vuelta a casa. Así el trazo de un pétalo o de una hoja que nace y que regresa al cáliz.

Aunado a esto, la salvación parece contener la idea de una lucha que; a su vez implica confrontación y resistencia.

Salvación y resistencia parecen las caras de una moneda al aire que permanece cambiante hasta su caída.

Pregunto:

Dentro de su hacer como artista y creador qué es lo que se salva, a quién o a qué resiste, cómo es su creación, qué es lo que de su creación se salva, cómo se salva Usted mediante su creación.

Resistencia I

Constato que no estoy, que por metonimia la ausencia me
reemplaza, que reclamo y exijo mi inocencia. Quiero mi inocencia
Usufructo. El único que realmente he tenido,
lo que me acompaña en la desnudez de la presencia.
Reclamo mi inocencia, el perdido derecho a no hacer
nada. A equivocarme sobre las mismas razones cada día,
A transcurrir sin rumbo, a no llegar,
a no perder el tiempo de los otros,
a no citar a nadie para hacerme válido,
a no ser cómplice de la televisión a no
difundir una sola idea de arte,
... a no amar...
A no ser bueno y a vivir la vida.
Reclamo, perdono cierro el pico, o la boca o lo que menos rime,
Porque no tengo nada que decir... la dulzura es esta crucifixión
que resucita
ahora soy un crío que mama
-en la voluntad de su existencia-
Todo el candor de un paraíso.

Pétalo azul

Erwin Panofsky dedicó un estudio según el cual el arte no reside en la obra sino en la mente del artista, y más precisamente en la idea a la que él mira al realizar su obra. La fuerza de esta concepción reside en que ella tenía su modelo en la creación divina. Del mismo modo que la casa preexiste como idea en la mente del arquitecto. (Fragmento Agamben)

Un hombre nacido. Una mujer nacida es un ser arrojado fuera de sí.

En esta separación hay un dilema, qué fue primero ¿La obra o el artista?, ¿La madre o el hijo divino que le ha dado forma?, ¿La idea de la madre o la idea de Dios? Pero pensarlo en esta forma somete el tiempo a una linealidad innecesaria.

Cuando me expulsé a mí mismo de ese vientre, sabía que el camino es un retorno, volver a casa con el saco lleno.

Deleuze escribe que en la cabeza del pintor hay dos figuraciones, la conservada y la encontrada; entre ellas media el acto pictórico.

Así yo, entro al mundo para ponerme en duda ¿Es que Dios existe?, ¿cómo podría saberlo si yo, imagen y semejanza, no me retiro?, voy a hacerme a un lado de mí misma para voltear hacia mí eterna-mente para cazar, en la sombra, al Dios del que he surgido.

Soy un perro mordiendo, un intento por alcanzar las puntas de su lengua y la nariz.

Ya no deseo echarle la culpa a un mundo que no existe, ya no lo habitan tantos personajes.

Antes de esta idea, la llama y el viento me incendiaron, era tanto el caos que necesité una madre que me organizara la entropía, un padre que la contradijera, hermanos para desahogar la carga, hijos para proyectarme, garantizar mi trascendencia, pensar que si no vuelvo

a casa alguien lo hará por mí y recoger al punto las cenizas... y una urna, donde reuniría toda la obra de mi singularidad, pero no de mi especialismo. Porque yo, soy un don nadie que ha proyectado un mundo... ¡imagínate, he necesitado proyectar un mundo para sentir la vida!, para afirmarme Dios para demostrar ¿qué arte?, que no fuera un producto, sino el acto...

Por eso todo acto es verbo, por eso ya estaba implícito que en la creación, antes de echarla al mundo hay que salvarla... Una piedra rodando que, como todos los ríos –dicen- llegaría al mar.



Resistencia II

Si logramos sobrevivir al arte, la institucionalizada idea que nos demanda, hijos de una obra, perros de la negociación, pobres con permiso...

Si logramos vivir al entusiasmo de esa idea panóptica, a la creación mediada,

al voyerismo y a la masturbación que implica que para vivir hay que trabajar y hacerse parte y poner el cuerpo y confundir el cuerpo con el alma, la obra con el espíritu, la técnica con la oración.

El rezo nuestro, cada día... y entretejer las horas.

Si sobrevivimos a la idea del amor, a esa vulnerabilidad, a esa im-postura.

A la sobre expectación del mundo, la espera de un abrazo, la infi-delidad completa, a la gratitud, al decir yo puedo, a ese falso optimis-mo que nos hizo sentir enamorados
a la frase de que “no esperes nada”.

Y la verdad reluzca como eso: Nada. Sin gracia. Desnuda. Sin sen-tido... Seremos lluvia que hace brotar las flores

En los parques vacíos, sin esperanza ya
pero sin duda. Calles sin civilidad ni pueblo. Millares de sin géne-ro, sin clasificación.

Hermafroditas, peces y moluscos

Fuentes de savia chocando en las rocas de los que manan, a punta de cincel, los que no son nombrados

Vivientes tal vez, los amorosos, amantes nuevos de esta percepción.

Pistilo

La idea de un Creador implica la idea de un padre porque, históricamente, hemos otorgado a lo masculino la facultad de ejercer sobre lo externo, el salir de caza, establecer leyes, estructurar las relaciones de tal modo que nos permitan influir sobre los otros pero siempre detrás de una trinchera... La frontera o el límite desde donde es posible conquistar o invadir sin ser penado. No lo invento, basta con echar un ojo a las teorías de Lacan y Jung, por lo que el padre, el creador, es punta de lanza que direcciona el deseo y la potencia. La obra tiene, en su cuota masculina, la impronta de una separación o una distancia. Nadie escribe mensajes de amor para la gaveta, toda foto tiene que ser vista, toda receta debe ser probada

y, en esta socialización de la creatura, de la creación, la obra o lo creado no hay aún la certidumbre de su evolución. Echarse al vacío no asegura la capacidad de vuelo... ni siquiera testifica algún despo-me.

En tiempos donde el feminismo arriesga a convertirse en una “reivindicación” intolerante que combate roles, funciones y privilegios detentados por el hombre (aunque no todos, cabe mencionar)... ocupaciones en fin, que de manera ancestral o histórica se han establecido en la conformación de sociedades e imaginarios occidentales; hace ruido que el concepto de un creador esté ligado al hombre por antonomasia, pero más escandaloso resulta si aceptamos que según diversos estudios difundidos en la prensa internacional, no se requiere de un hombre para reproducirse ya que existe la posibilidad de la clonación, de generar un óvulo fecundado con la carga genética de dos hembras y, más aún, la creación de esperma sintético o artificial a desmedro de una diversidad que, viéndolo bien, y con fines de mercado, tampoco es tan necesaria. Lo distinto, lo otro, explicado ampliamente por Chul-Han, no es apropiado para detenerse ahora. Hay que bordar sobre la orilla el punto más sutil. Mi ex marido solía decir que la maternidad es un acto sagrado y la paternidad una cuestión de fe. Saber de alguien

¿quién es el padre biológico? no es tan importante como establecer la idea de un orden, la figura intermedia que hará posible una distinción: “Yo, no soy mi madre”, me forjé en su cuerpo pero no soy ella, aunque ella es el paraíso, la seguridad y la templanza, aunque ella es el hogar, el nido, el calor y el vientre al que deseo llegar, o retornar, o en el ambiente en el que desearía morir... y en esto que escribo, no hay nada de amor, no es búsqueda de estereotipo o de psicología. Escribo de la sensación pura del feto. De la inevitable búsqueda de protección y de supervivencia, de ese Edipo al que contenemos todos.

Entre mis locuras, aventuro la posibilidad de una confabulación: Dios es un padre simbólico creado. La necesidad de un orden ances-tral propuesto por la naturaleza misma, de tal suerte que Madre es el espacio pero Padre es tiempo. En el cruce de ambos surge el hombre, la creación, el arte.

Te retorno, una y mil veces. Me hago tuya. Eternizo mi incestuosa necesidad. Te me prometo. Te hago un pacto. Levanto un altar hacia tu nombre: Vida.

Y te busco en todas las caras, en el rostro de hombres y de bestias, en símbolos y metáforas, en banderas y en identidades... te camino.

Mudo mis paisajes. Me ansío de ti: Tierra. Te siembro, te devoro, te hago un cuerpo para esculpir un alma, para sentirte cerca: Mujer, para robar tu imagen...

Cuando pensé "albedrío", no sabía que llevaba libertad a cuestas. Recojo sobre mis pasos la culpa, la enfermedad, el juicio: Madre, fui a la guerra pero solo traje a Dios y esto entre mis manos... la gente dice que se llama arte.



Resistencia III

Éste al que cedí mi paso es quien camina.
Este que Es benevolente tránsito.

Mientras soy caminado,
mientras pierdo la idea de mí, la fijación, el rumbo,
mientras se cae la torre y escucho el quiebre de una
columna que se hace añicos,
miles de huesos y de bestias
numeraria de océanos ya vividos...

pienso. Tal vez no es pensamiento mío...
tal vez mi boca habló tu nombre cuando dijo Thelma,
El brazo que buscó tu hombro, que no era tuyo, sino
mío, tu hombro al que yo pronuncio... y tampoco mío,
Sino de él... el señor cara de mundo.

Ha habido tantas guerras con tu rostro,
Con tus ojos por los que veía mi cuerpo,

Con palabras tuyas que eran de hierro puro incandescente.

Yo caminaba, y me rompía
coloqué mis piernas firmes a tu paso,
me hice arco para tensar tu flecha y escupir un
orbe que no me daba tregua...

Y yo creía

Que amar es resistir y resistir luchando
y quebrar la bandera y no vivirla,

y no sembrar la tierra para morir de hambre con el
enemigo, y ser mujer al doble y cargar la casa y la
carreta... el azadón, las flores y las cañas,

y despertar un día –mágico- sintiendo que el amor todo lo llena
hasta volverlo suave

como un animal apaciguado,
sin gobierno de sí. Sin resistencia.

Pétalo intermedio

Toda institución es una madre. Así rezan los escritos de Jung que se refieren a ella con la posibilidad de ese Ser ambivalente, favorable y nefasto. Autoridad que puede ser devoradora y ante la cual nos revelamos constantemente para conformar autonomía, pero también para legitimarnos, para validar nuestra existencia como pertenecientes a algo; o bien que surgimos de algo o que nos fundamos en ello.

Nacida o adoptada, pasé de la madre a la institución familiar y luego a las universidades donde encontré cobijo. Ladrona de seguridad, buscando la certeza de algún puesto, un lugar, ocupar, habitar un cuerpo, una estructura, una organización determinada, una disciplina, una delimitación que hoy se ha vuelto una frontera con la que años ha, vengo topando; porque entre las madres y los hijos siempre hay esa rebeldía, porque un buen día me desperté sabiendo que de algún modo era ya mi propia madre, hija de una diosa que por voluntad de sí, al igual que Jesús hizo a María, (pues hecho al fin imagen y semejanza de la divinidad, que todo lo puede) forjó la idea de su advenimiento.

Donde hay un Dios hay posibilidad y hay una idea, que abraza las infinitas formas de una madre, un hijo, un padre y una creación que es su secuela.

Yo ya tenía una madre, ya había sido. Hay que reconocer que formar familia es, antes que nada un desarraigo, un estar huérfano que obliga. Salir a la calle y encontrar un rostro, vencer a la Esfinge y desterrarse; y en mí caso, arrancar el manojito de flores enraizado al corazón cuyo penetrante aroma pertenece a los velatorios. Deje, sin embargo, encendidas las antorchas que custodian mi alma para

transitar al otro lado, pues esto, este solo acto, puede significar mi salvación aún, mi resistencia.

Quiero señalar dos puntos de partida, la idea de que “quien actúa y produce debe también salvar, redimir a su creación” y la idea de que la resistencia desemboca en una “vacilación de lo establecido” y en una invitación (al otro).

Salvar, crear y resistir son los únicos hitos por los que habrá de transcurrir nuestra existencia.

Queremos salvarnos aún hoy sí -y cada día- una parte de nosotros muestra y se demuestra. Esa, que matando a la madre va a eternizarla, que yendo a la Institución quiere invadirla, fingiendo que hace, no entre las sombras, sino a plena luz. Parásito que con insignias (trabajo, arte, desempeño, eficiencia, pulcritud, entrega, compromiso, misión y rendimiento... y todo, todo lo que una madre exige para que su Edipo se haga un hombre) se carcome la vida una y mil veces, aunque ya no crea, aunque ni tenga fe, porque una madre -pasar por ella- nos convierte en hombres, nos hace humanos y sólo hay una oportunidad para existir.



III ¿Sabrán que estoy muerto? ¿Cómo lo sabrán si ya no existo? ¿Cómo voy a saber qué era la vida?

Cuando la miré, tendida sobre el ataúd, ella no estaba.

No entraré en la discusión sobre el vestido, pero el guinda y el color vino o el bermellón no alcanzaban a retratar la vida en eso que sí... Eso (lo muerto), era sin dudar, material.

Material y denso, un objeto cerrado donde no caben el rayo de luz ni la materia oscura.

Tenía cara de enfado y todo le lucía postizo, como si la hubieran arreglado para el tiempo.

Un tiempo de pieza, de exhibición, de mala curaduría...era un objeto de arte en toda la extensión de la palabra; clásico, temporal, en plena correspondencia con el mundo: museo vacío, espectadores ajenos al dolor, pieza en un rincón y actitud Yuppíe... profesionalmente vestidos para condolencias.

Aparecimos en el momento exacto en el que la muerte se convierte en arte, cuando ya no hay impostura, ni tratamos de coser la vida a una rencilla, porque el cuerpo nunca es algo cierto y este estaba aban-

donado. ¿Alguien lo vio? ¿Alguien dijo “yo soy responsable”?... de involucrar a este cuerpo en un significado, de disfrazarlo y de ahogarlo en flores, de decir “lo siento”, o “ya le tocaba” o es que lo inesperado de su muerte había creado un shock que no permitió que se observara, ni el genuino dolor, ni la simpleza del arte pues su vida, la vida, flotaba en los rincones... Como no pagaron para eso, no lo apreciaron.

Gametos

Ahora mismo la flor es una suave ocurrencia que se mece en la ilusión del tiempo. Brotada, marchita; dispendio de fragancia. Una generalidad que ha dejado su estela esparcida más allá del trazo al que nuestra visión somete.

De tal manera que yo recorto el tiempo. Hermoso Collage. Y le propongo un orden.

El arte, dicen los “doctos”, está siempre ligado a la política... y como no

habría de estar, si en su seno alberga también la idea de una organización, relaciones, sociedades... El arte no sólo es política, es una forma de control y jerarquía, la posibilidad de ordenar el tiempo, el caos mental, la fugacidad de eso que llamamos vida y que cabalga sin freno.

Entonces cada ser es un artista, creador de pequeños ordenamientos, estructuras, prioridades, consciente de su esclavitud a los dispositivos para resistir el desajuste permanente entre lo cotidiano y una posible singularidad, el arte de vivir sin la vivencia, sin fijar el paso a una huella o una sombra.

Hay que destruir el arte. Su contradicción perpetua con la vida de la que extrae un cuajo y lo somete: no está vivo, no es real y una vez que lo creamos se envilece, se llena de reglas, sobre producción de órdenes, pasitos, cerraduras y candados para dejarnos fuera, o dentro; qué más da si nada es cierto.

Habría que proponer un suicidio colectivo de las artes; otra vez, permitimos que la vida ocurra, desorganizar el tiempo, llegar sin

hora, amar sin esperanza, ir sin trayecto para salir de casa y volvernos locos: Penélope ante los ojos de un Odiseo que nunca se ha marchado. Porque la vida sin el tiempo es esto que fue, que sigue siendo, que no se acaba nunca; las esfera en la concha en el fondo del mar, de peces, de tierra, continentes, estrellas y personas y nuevamente el brillo, la luz, el aire que está en la concha, en la molécula, en la esfera, en el fondo del mar, allá... en el alma, en la palabra germen, en la idea de lo opuesto, en la fusión.

II ¿Sabrán que estoy muerto?...

Luego de haber nacido moriré. No hay más razón.
No hay contundencia ni es radical pues hay quien piensa
Que la muerte y vida son contrarios, que al exterior
no le compone el centro y que separación no procede de estar
juntos. Un espejismo es más que un reflejo; una proyección
soñada, Anheló de ver en vos, en ningún otro,
la esperanza naciendo a borbotones,
forjar patria, conquistar espacio
plantar la bandera de un significado.
Renacerte para dejarme pistas...
Cuando llegue a ti, por el camino
andado, cuando esté en tu edad y ocupes
mi sitio Recuerda... te dejé un depósito
De mi perdón
Y te dejé la gloria.
... Invertí en tu alma, porque en mi generación, solo
había cita para el exhibicionismo y
no demostrar
equivalía a haber estado muerto.
No hay muerte sin show de despedida.

Estambres

Aún pienso que todas nuestras prótesis, mecanismos y tecnologías pertenecen al ámbito de lo masculino. Todas ellas pretenden ex-tendernos sobre el mundo, alcanzar algo que en su más allá disuelve los límites y las fronteras.

Enciendo mi celular. Nueva conquista al alcance de mi mano.

Lo masculino expande, lo femenino incide.

La diferencia entre algunas religiones consiste en cómo se lleva a cabo el precepto de la salvación. ¿Cómo fin último al que se accede mediante buenas obras? En este caso uno se salva por algo esclavizante. El paraíso está más allá. La consigna del progreso donde lo mejor está aún por venir es una condena, el futuro un tiempo de nostalgia que te jode porque hoy no sirves, hoy no eres todavía.

Todavía es una palabra hermosa. Más que condicional es un sus-tento: Todavía pienso en el futuro, todavía estoy vivo...

Otras religiones establecen que no nos salvamos por algo, sino para algo. Ese pensamiento es como hundir bien profundo el dedo índice en el centro de una masa.

La fuerza centrípeta que desata esta acción crea un remolino que se dirige hacia el yo mismo, mi presente ausente de pasado, de prejuicio... no es un espacio abierto, es más bien uno que se inunda de sí.

¿Qué paisaje describen los cauces del río cuando se desborda? ¿El de una pieza que, a fuerza de ser contenida, extiende su función? En la naturaleza, la prótesis no sustituye... amplía. Por qué entonces pre-tendemos estrechar lo humano.

Flor y Loto

De modo que todo hijo, toda idea, toda creación que el artista lanza, llevan su impronta.
La soledad no existe.
Ni desaparece de la fuente el agua que brota, ya brotada, seca aún... La creación se esparce,
más bien abre sus pétalos hacia la luz para penetrar en el calor del día. Una vez que se abre, la corola, muestra sus olores, la belleza de un retorno, la danza de un insecto de vuelo elipsoidal, hipnotizante, batiente ruido signo de su resistencia. A ciencia cierta, no sé quién se mantiene erguido:
la dignidad de la flor en el aparente movimiento de la abeja, o el colibrí o el murciélago,
(pues toda flor que se abre lleva implícito a un agente).
Hay una trampa en todo esto; Dios es la flor y el hombre y la mujer que crean, y es la suavidad del vuelo, el agente, la forma geométrica o sin geometría,
el aroma de la flor, la perspectiva que impone la verticalidad del tallo y la horizontalidad de un ave. ... Y esto es el arte, la creación, la obra. Todos los días hay que ceder un poco. Vivir sin lucha, quitarle la ex-cedencia;
el esfuerzo cultural que busca un significado,
ser algo de algo, para alguien...
rendirse y entregarse a la imposición hasta llenarla, ser uno con ella y transformarlo todo.

La alquimia -recuerdo- tenía la posibilidad de
transmutación, rebajar la voluntad para rezumar de vida.

Vida que no opera nada, lo atraviesa,
deja caer el arte a los abismos y permite al cuerpo que se “muera” en
el tránsito de no hacer nada
para sostener ideas sin valor.

Resistencia IV

He apuntado en “notas para mí” que construimos sobre la falsedad de las cosas y no sobre la ficción. La ficción de los objetos podría ser benevolente, formar parte de una potencia creadora, pero la falsedad no tienen este camino. He apuntado: satisfacción y culpa, He apuntado quebrarse o desaparecer He apuntado abrazar la vida También leí: no dejes a tu correa sin perro Y tengo el inicio de un cuento sin historia: Una cosa son los muertos, otra los fantasmas y otra los monstruos, aunque mucha gente los confunde, aunque mucha gente piensa que es igual o da lo mismo usarlos de sinónimos....Estar muerto no es ser horripilante, ni andar sin rumbo, fuera de lo permitido, traspasar fronteras, caer en el exceso... Exceso de amor, de potencia, de realidad, de imaginación ya desbordada. He depositado en ti mis ojos y he pensado: Comenzaré por creer que escribo Y defenderé a capa y escapada esos instantes, Llenaré la pared con mis conceptos hasta sacar de ahí algo viviente. Y ya me siento Frankenstein de nuevo. Yo no le prometí una flor de loto, Pero he creído que eso y las magnolias Serían la representación de este entramado que, un día, en voz alta, pronuncié entre los pasillos de una estación aérea donde algo, de paso; así como la vida, Se murió. Voy a escribir

En la vigilancia de unos cuatro ojos
Ese ensayo-cuento sobre la esperanza.
Como si el amor aún fuera la púrpura manifestación que hay en los
nombres.
Camila, Raihué...

Adaxial

Esto es lo que hay: La vida. Un ruego: Que todos los días pueda otorgarle sentido a mi existencia.

La falta de sentido es una expresión del tiempo. Es otorgarle el pase de abordar a un niño, es programarle con la idea de un viaje. Hacerle creer en la separación, en la dualidad, en una fotografía... en eso que nació, eso que fui. Como si el tiempo realmente existiera y fuera posible medir la cantidad de vida contenida en un orgasmo, en la visión de un hijo o en cada una de estas palabras...

Así como el cuadro en la cabeza del pintor, el amor en la idea, el hijo en la madre, el padre en la mujer, el mundo en una parte de Dios... "las ideas no abandonan su fuente".

Esto es la esperanza.

Una que no contiene expectativa y se circunscribe en el espacio puro de la expansión. Yo tengo un hijo, o una obra que es camino. Mientras transita, con la idea de mí, a través de un paso que le otorqué porque eran míos; el hijo, el paso y la idea... me salvo.

No es aquello eso que se salva, sino la idea de mí que se preserva intacta en el resplandor de su trayecto.

Me salvo. No en la trascendencia lineal, sino en la amplitud que su retorno abarca. Es la curvatura de un pétalo o una hoja cuya visión no alcanza al horizonte. A ella le basta con el envés que la hace real, pro-funda. Ese pequeño trayecto proyectado como un boomerang donde mi rostro es golpeado por sí mismo y para efectos de un recordatorio: que la muerte no es posible.

Y ese es el secreto del hijo que no se marcha, del tiempo sin carne, del arte sin conceptualización.

He usado tu cuerpo como salvaguarda; siglos de pistas donde recordé el propósito sin la esclavitud de un tiempo que -lineal y diri-

gido- fragmenta lo que puede acontecer en este instante... el suceso de esta tarde en que recordé olvidando que soy el padre y el hijo; el artista y la obra, la madre conjetura, la recepción sin juicio, la frustración para entenderlo todo, la imposibilidad de certidumbre y la oportunidad para empezar de nuevo; donde no haya culpa ni arte, vacíos de voluntad y gobernanza; viendo por primera vez cómo la lluvia se desliza gota a gota y es sonrosado el sol cuando amanece.

¿A qué otorgar Un Valor para la vida que no lo contiene, o los contiene a todos? porque la vida, inabarcable, no se juzga...

Resistencia V

-Siento que no valgo nada- dije. Que no se fijaron en mí sino en la posibilidad, que no miraron a Thelma, sino a una hija, otra hija, que vive en casa, que es una carga, una responsabilidad, una molestia...

El esfuerzo por no ser un fantasma es difícil de explicar: Detrás del muro, debajo de la sábana, transparente, intentando tocar sin la sustancia, atravesada, pero al mismo tiempo viva aún. Como si fuera, un sinónimo de la esperanza: El fantasma cruza la hoja, la llena de palabras para ser visible, construye una casa donde solo alberga y espera invitados que no llegan nunca porque a fuerza de encarnar, también resiste.

He de decir que ya estoy rota, o muerta “pass away”... y que cada vez me pesa menos. La condición de un fantasma que se quiebra fue mi combate para cruzar la línea. Hay una vida en donde estoy presente, eso que muchos hacen sin explicar las causas: El arte de estar, quedarse en la vida y hasta el final de la existencia que se apropia.

Es decir, acepto.

Que soltar amarras es más difícil que morir atado a un poste, que era mi casa. Axis mundi, el centro de mi locura y mi neurosis por donde todo el que pasa debería ser atacado porque es libre, al menos lo parece...

El problema del fantasma es también, su necesidad, la “secular” persistencia que se queda como un poso de agua manchando el tiempo.

Pensé que huía, que antes de llegar al fin ya me había ido... Me hacía invisible para no cargar más de la cuenta, a desmedro que en ello se fue mi propia carne.

Me quedo hoy. Eterna. Organizo estas palabras para decir que existo... mi dote de arte.

Acepto que, a pesar de todo estoy presente.

Me despido amando este momento, celebrando cuando me hice mía.



Resistencia en cotidiano

Te pregunto si vas a estar por esa calle,
esa calle de nombre escandalosamente
solapado de un personaje que confunde entre
la ciencia y la poesía.

No es nuestra casa. No pregunto si estarás

en la casa o en tu casa.

En esa casa que empecé a sentir ajena
y que ahora habito sin muchas esperanzas.

Ella me dijo: las casas son construcciones
solamente, mi hogar eres tú. Eso es verdad.

Hoy puedo llegar y desempaco un
perfumito, mis libretas y mis cables
y acomodo la ropa entre la tapa y el cuerpo de la maleta
y me acomodo en todas esas camas que no eran la mía
pero invitaban a dormir como si prometieran un sueño
extraordinario y un amanecer tranquilo.

Pero soy una conquistadora,
de las que llegan a la tierra y
plantan; necesitaba un territorio.

Recuerdo entonces todas nuestras luchas,
¿a quién o qué quería conquistar hace unos
años? es posible aún que esa batalla no haya
sido mía y entré en ella por un deber absurdo,
por una creencia impuesta que me ha dejado cicatrices, experiencias,
historias que contar... y tal vez de algún modo era feliz.

Aunque no haya reto cuando se es feliz en la inconsciencia... para
darme ánimos digo: que ahora mi felicidad es más profunda
o simplemente que ahora la felicidad empieza desde mi hacia ella.
Territorio conquistado que se expande.

No era necesario llevar una
maleta, ni siquiera un rumbo,
y cada paso me desprende y planta,
y cada paso me desprende y planta y tengo amnesia.

He de dormir para perder el tiempo de los hombres en el que nada
sucede. Tengo mi casa donde está mi amor; y mi arte a donde está
mi lucha;
mi imaginación es mi conquista

y comparo la inteligencia con la compasión.
Me resido hoy, hasta decir me amo
y sentir que lo sientas
entre las murallas que agujerearon los años donde yo luchaba,
como una loca -sí-
conmigo misma.

Reflexiones desde la tarima, de Thelma Itzel Ramírez Cuervo (Thelma Cuervo), se terminó de editar en el mes de febrero de 2022 en l Editorial Incunabula. El peso del archivo es de 3 MB

